Partido
Comunista
Ecuatoriano

Julio 2025 - Número #7

PODER POPULAR

Órgano de difusión

Los nuevos rostros del entreguismo: El bloque legislativo de la traición

La Geopolítica en Medio Oriente: Claves para entender el conflicto Israel – EE.UU. contra Irán

https://pcecu.org/ IG: @partidocomunistaec FB: @PartidoComunistaEcuatoriano info@pcecu.org

Editorial

Estado fallido y entrega neoliberal
La falsa retórica gubernamental

Un Estado fallido se define cono aquel que no puede cumplir con sus funciones esenciales. Independientemente de la teoría política específica, en el sentido instrumental, el Estado debe cumplir con funciones de control sobre el territorio, tiene la capacidad de normar las relaciones entre la sociedad y de esta radica su legitimidad. El Ecuador tiene un declarado Estado fallido y esta declaratoria es parte de la retórica de administración con la que justifican la profundización de esa misma condición. Un gobierno que dice que no puede controlar el territorio y por ello requiere de la intervención militar extranjera, un modelo que debilita los servicios públicos y que libera la economía del control y la participación estatal mediante la privatización, la condonación de deudas y el debilitamiento de la capacidad de control.

Renunciar al ejercicio de esas funciones y ponerse "a la orden" de los intereses geopolíticos, económicos y militares extranjeros, en particular de los EEUU, representa la venta de la patria y la entrega de nuestra soberanía a costo de gallina enferma y generando solo beneficios para las oligarquías que claman por ser considerados en la mesa de los magnates imperialistas. Aun con todos esos esfuerzos, el presidente de cartón solo puede sentarse en la mesa del gringo pagando sus propia invitación.

Para consolidar el modelo neoliberal, el gobierno de Noboa despliega una estrategia comunicacional basada en la manipulación del sentido común. En ese marco, ha escogido como blanco a los sindicatos del sector público, construyendo sobre ellos una narrativa funcional al desprestigio general del empleo estatal. En medio del paquete de leyes "trole" recientemente aprobado, se introducen mecanismos que, bajo el pretexto de eliminar la "burocracia dorada" y los "malos elementos" del servicio público, buscan allanar el camino para la flexibilización y el desmantelamiento del Estado.

Esta ofensiva responde a un cálculo político: presentar la precarización de derechos como una respuesta "justa" al clamor popular, ocultando que, en realidad, se trata de una profundización del neoliberalismo. En lugar de debatir sobre el conjunto de regresiones contenidas en las reformas —

desde la precarización laboral hasta la privatización de servicios— se reduce todo a la lucha contra algunos privilegios reales o exagerados del sector público. Mientras tanto, el sindicalismo estatal, históricamente ausente del debate político y social, responde con torpeza: defiende lo que en algunos casos son derechos, pero en otros privilegios inaceptables, sin mayor capacidad de interpelar al conjunto de la sociedad.

Desde el pensamiento crítico y marxista, los comunistas no somos ajenos a esta realidad ni caemos en su trampa. Reconocemos la necesidad de un servicio público eficiente, honesto y comprometido con el bien común. La estabilidad laboral no debe significar impunidad ni ineficiencia. Los servidores públicos deben ser evaluados bajo criterios objetivos, con condiciones que les permitan cumplir su tarea con calidad y dignidad. Deben tener derecho a la movilidad funcional, a una jubilación oportuna y a una pensión justa, como cualquier otro trabajador. Pero bajo ningún pretexto pueden eliminarse derechos colectivos a discreción de la autoridad política de turno.

En este contexto, es indispensable reconstruir una forma de sindicalismo público que no sirva de instrumento mediático al gobierno, ni se limite a la defensa de intereses corporativos. El sindicalismo debe recuperar su raíz política y popular, vincularse decididamente con las luchas de los sectores sociales, y asumir una agenda común de resistencia.

Esa agenda debe incluir hoy: la defensa irrestricta de los servicios públicos esenciales, particularmente en salud y educación; la oposición frontal a la instalación de bases militares extranjeras; la denuncia de las reformas penales que criminalizan la pobreza y colocan a niños, niñas y adolescentes en el banquillo de los acusados; y la exigencia de transparencia en las compras públicas, frente al avance de la contratación directa con fundaciones y transnacionales.

Estas banderas no son sectoriales, son nacionales. No representan solamente a los trabajadores del Estado, sino a todo un pueblo que sufre las consecuencias del despojo neoliberal. Por eso, insistimos: ninguna lucha aislada triunfará por sí sola. La unidad popular se construye sobre principios y prioridades, no sobre privilegios.

No caigamos en el juego del gobierno, que busca fabricar enemigos internos para desviar la atención de sus verdaderos objetivos. Tampoco excluyamos a nadie del frente común por la transformación, pero sí exijamos con firmeza un sindicalismo honesto, comprometido y profundamente articulado a la lucha por una patria soberana, democrática y justa.

Todos a las calles, en defensa de lo publico y no de los privilegios, en defensa de nuestra niñez y juventud, en defensa de la soberanía, construyendo una alternativa popular y revolucionaria.

Alfaro vive, la lucha sigue:

A 130 años de la Revolución Liberal

Eloy Alfaro no fue solamente el líder de la Revolución Liberal de 1895; fue, sobre todo, un parteaguas histórico que colocó en el centro del proyecto nacional los principios de laicismo, soberanía, republicanismo y justicia social.

Hoy, 130 años después, su legado adquiere renovada vigencia en un Ecuador sacudido por la recolonización neoliberal, el debilitamiento institucional y la ofensiva de un bloque de poder que, como entonces, busca entregar la patria a intereses foráneos.

La memoria de Alfaro no debe ser celebrada como símbolo decorativo, sino como inspiración para la acción política. Su figura

representa una ruptura con las oligarquías serviles del siglo XIX, que —como hoy lo hacen Noboa y su bloque legislativo- entregaban el país a los designios del capital extranjero. La lucha de Alfaro fue la de un pueblo que decidió conquistar su soberanía no con pactos de élite, sino con organización popular y proyecto político.

Hoy, en pleno siglo XXI, el Ecuador enfrenta una encrucijada similar. El retorno de bases militares extranjeras —amparado en una narrativa de "seguridad" construida por los medios y validada por asambleístas entreguistas— no es más que la reedición del viejo pacto oligárquico-colonial. Se pretende convencer al pueblo de que la salvación vendrá del norte, cuando la experiencia histórica demuestra que la presencia militar extranjera no trae paz, sino subordinación, impunidad y control geopolítico.

Desde una lectura marxista, esta situación evidencia el carácter estructural del bloque en el poder: un bloque hegemonizado por las élites económicas, mediáticas y políticas, cuya función es garantizar las condiciones de reproducción del capital transnacional. Para confrontarlo, no basta con la denuncia moral. Se requiere de una estrategia contrahegemónica que articule organización popular, unidad programática e ideología sólida.

Como nos enseña Gramsci, la lucha por la hegemonía no se libra solamente en las urnas o en las calles, sino en todos los frentes: cultural, institucional, simbólico, económico. Por eso, recordar a Alfaro hoy debe ser también un llamado a disputar todos los espacios de poder con vocación transformadora, a construir una izquierda con horizonte socialista y a fortalecer un bloque histórico que rompa con la lógica de la resignación.

La traición legislativa, la instalación de bases extranjeras, la privatización encubierta, la criminalización de la juventud trabajadora y la ofensiva ideológica de la derecha nos interpelan como generación política. Nos exigen estar a la altura de quienes entregaron su vida por la patria y por la justicia. Como Alfaro, debemos apostar por la ruptura y no por la administración del orden.

Reivindicar a Alfaro y la revolución liberal no es repetir su nombre: es asumir su legado de lucha anticolonial, republicana y popular. Es levantar un nuevo proyecto nacional emancipador con unidad ideológica, organización firme y dirección política clara.

Como Alfaro, los principios no se negocian. Y si algo nos enseña la historia, es que los pueblos que olvidan su raíz combativa, terminan gobernados por quienes venden su futuro.

Seguridad con justicia social,
no con tropas extranjeras

Por estos días, el gobierno de Daniel Noboa, con la complicidad de sus ministros, asambleístas y operadores mediáticos, insiste en instalar en la conciencia colectiva la idea de que el regreso de bases militares extranjeras al Ecuador es una condición necesaria para enfrentar al narcotráfico y la delincuencia organizada. Apelan al recuerdo selectivo de la base de Manta, y aseguran que su reapertura —o el establecimiento de nuevas instalaciones militares, incluso europeas— sería un acto de responsabilidad frente al caos que vivimos.

Pero lo que no se dice —y que debe decirse con claridad— es que la presencia militar extranjera en países del sur global no ha significado mayor seguridad ni soberanía, sino mayor dependencia, control e impunidad para las potencias que las instalan. Basta observar el caso colombiano: con siete bases estadounidenses operando desde hace más de 15 años, el país vecino no ha reducido la producción de drogas ni ha erradicado al crimen organizado. Por el contrario, la militarización del territorio ha convivido con la expansión del narcotráfico, el desplazamiento de comunidades y la represión de la protesta social.

Tampoco se informa con honestidad al pueblo que, a pesar de la prohibición constitucional vigente, ya existe presencia militar norteamericana en Galápagos. Y sin embargo, ni el tráfico de drogas ni la pesca ilegal han sido controlados. No hay resultados, ni transparencia, ni rendición de cuentas. Lo que sí hay es una clara intención de convertir al Ecuador en una pieza geoestratégica del ajedrez imperial de los Estados Unidos.

La política militar estadounidense nunca ha tenido como prioridad la seguridad de nuestros pueblos. Su lógica histórica ha sido garantizar el acceso a recursos, controlar rutas estratégicas, y asegurar su influencia sobre gobiernos subordinados. Las bases militares no se instalan para cuidar a los ecuatorianos: se instalan para vigilar y contener a China, a Rusia, a Irán, a cualquiera que desafíe el orden unipolar que defienden.

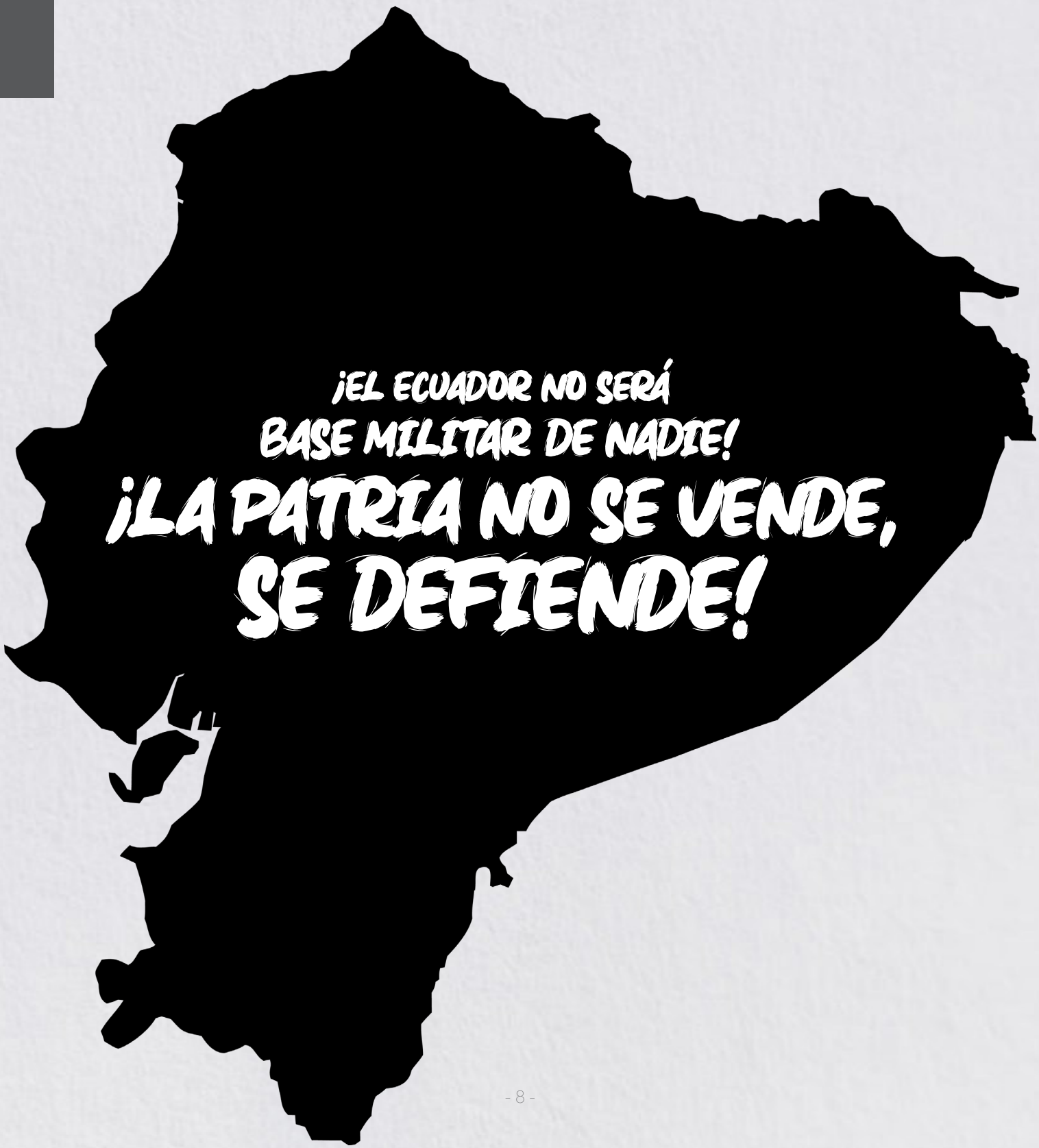
El gobierno de Noboa, en su afán de obedecer a los intereses del norte, ha impulsado ya una reforma constitucional para legalizar esta entrega. Y pronto será el pueblo quien deba pronunciarse en las urnas. Muchos votarán creyendo que se trata de una medida para mejorar la seguridad. Pero, como ha ocurrido tantas veces en la historia, los imperios no traen paz: traen bases, tratados, deuda, subordinación y saqueo.

No se trata aquí de defender una noción abstracta de soberanía. Como decía Julio Anguita, "la dignidad no se come, pero un pueblo sin dignidad termina de rodillas y sin comer". Defender la soberanía es defender la posibilidad de que nuestras decisiones respondan a nuestras necesidades, no a los dictados de Washington o Bruselas.

Y esas necesidades no pasan por helicópteros o comandos extranjeros, sino por escuelas, hospitales, trabajo digno y oportunidades reales para la juventud. La única manera de enfrentar estructuralmente al crimen organizado es garantizar los derechos que establece la Constitución de Montecristi, invertir en lo público, redistribuir la riqueza, y reconstruir el tejido social.

Entregar soberanía es renunciar al derecho de los pueblos a decidir su futuro. Pretenden convencernos de que la solución viene de fuera, cuando lo que se necesita es recuperar las riquezas que se fugan a paraísos fiscales y ponerlas al servicio de quienes las producen: los trabajadores y trabajadoras del Ecuador.

No hay seguridad sin justicia. No hay paz sin dignidad. No hay soberanía cuando se entrega el territorio. Y frente a este nuevo intento de recolonización militar, la voz del pueblo debe ser clara y firme:



Los nuevos rostros del entreguismo:

El bloque legislativo de la traición

Hoy más que nunca, se trata de recuperar la dignidad de la política y de construir un proyecto de país que represente verdaderamente los intereses de las y los trabajadores.

Tras las elecciones legislativas en Ecuador, muchos esperaban que la Asamblea Nacional se configure como un contrapeso frente al avance neoliberal del gobierno de Daniel Noboa. Se pensaba que fuerzas como la Revolución Ciudadana (RC) o Pachakutik (PK) representarían un bloque de oposición, sin embargo, los hechos mostraron otra cosa: una mayoría legislativa se consolidó con el oficialismo de Acción Democrática Nacional (ADN), varios independientes y una facción de PK, articulando lo que hoy puede denominarse con claridad: el bloque legislativo de la traición.

Estos asambleístas, elegidos con el mandato de defender los derechos del pueblo y fiscalizar el poder, han claudicado ante la agenda gubernamental y los intereses del capital. Lejos de frenar las políticas neoliberales y el desmantelamiento institucional, han sido correa de transmisión de un gobierno que busca concentrar el poder, debilitar el Estado y entregar la soberanía nacional.

Uno de los actos más graves de este entreguismo es el respaldo a la presencia de bases militares extranjeras, una decisión que atenta directamente contra la soberanía del país. No se trata de cooperación técnica: se trata de ceder territorio, dar inmunidad a tropas extranjeras y subordinar la política de seguridad nacional a intereses ajenos. La historia de la base de Manta, que no redujo el narcotráfico y dejó denuncias graves como la promoción del turismo sexual, demuestra que estas decisiones benefician a las potencias, no al pueblo ecuatoriano.

En nombre de una supuesta "gobernabilidad", esta mayoría ha aprobado leyes regresivas: condonación de intereses a grandes deudores del SRI, reforma de la LOSEP que vulnera la estabilidad laboral y elimina garantías mínimas, o el endurecimiento de penas contra adolescentes, en abierta contradicción con la Convención sobre los Derechos del Niño. En todos los casos, el resultado es el mismo: más precariedad, más criminalización, más poder para las élites económicas.

Uno de los golpes más duros ha sido la aprobación de la ley de inversiones extranjeras, que abre la puerta a la privatización de sectores estratégicos como energía e infraestructura y áreas protegidas. Es una entrega directa de los recursos del país al capital transnacional, sin garantías de soberanía ni beneficio para la población.

Frente a esta ofensiva, no basta con la denuncia pública. Estamos ante una crisis profunda de representación y de proyecto político. Por eso, este momento histórico exige algo más que indignación: exige organización y unidad.

Es urgente replantear el funcionamiento de los partidos

y movimientos políticos, más allá de las reformas antidemocráticas impuestas al Código de la Democracia. Necesitamos cuadros ideológicos y programáticos con compromiso real con las luchas populares, capaces de actuar con consecuencia en las instituciones y en la calle.

Urge construir además, una fuerza electoral de clase, que aglutine a la izquierda, que recupere el horizonte socialista, y que sea capaz de disputar la hegemonía no solo en lo parlamentario o institucional, sino también en el plano de la movilización social y la acción directa contra el neoliberalismo.

Hoy más que nunca, se trata de recuperar la dignidad de la política y de construir un proyecto de país que represente verdaderamente los intereses de las y los trabajadores.

América Latina entre la injerencia y la rebelión

Frente al cerco imperial, la unidad no es solo una consigna: es una condición para la supervivencia regional como sujeto histórico. La autodeterminación de los pueblos no puede limitarse a gestos simbólicos ni a reformas parciales. Requiere de una arquitectura política capaz de sostener la soberanía en todos los frentes: económico, político, militar, cultural y ambiental.

La configuración del panorama político en América Latina nunca ha sido el mero resultado de condiciones internas. Como bien enseña la dialéctica histórica, las contradicciones nacionales se expresan como momentos específicos de una estructura más amplia de conflictos globales. En este sentido, la región debe ser comprendida como parte de una disputa geopolítica más profunda, donde el imperialismo estadounidense sigue jugando un rol central, articulando alianzas, desestabilizaciones y políticas de cooptación que buscan asegurar su influencia estratégica frente al avance de polos emergentes como China y el bloque BRICS+.

La actual ofensiva imperial tiene un componente híbrido: combina presiones diplomáticas, intervención militar encubierta, guerra mediática y manipulación jurídica. Pero también se vale de dispositivos internos: sectores empresariales, medios de comunicación, think tanks y partidos de derecha extrema y libertarios que, más allá de su retórica "anticasta" o "anticorrupción", operan funcionalmente como herramientas del capital transnacional. Su objetivo no es otro que profundizar la descomposición del Estado social y abrir camino a nuevas olas de privatización, desregulación y subordinación económica.

La evidencia es contundente. En Ecuador, por ejemplo, el alineamiento del gobierno de Daniel Noboa con la agenda del Comando Sur de EE. UU. ha derivado en la firma de acuerdos de cooperación militar marítima, cesión tácita de espacios estratégicos como las Islas Galápagos, y el desmantelamiento progresivo de la autonomía territorial. En Perú, el golpe contra Pedro Castillo en 2022 no solo selló la ruptura institucional interna, sino que respondió también al interés geoestratégico de Washington de frenar la expansión de la inversión china, particularmente en la zona del nuevo megapuerto de Chancay. La instalación de la base aérea de El Pato, bajo la excusa de cooperación aeroespacial, cierra este triángulo de presión imperial junto con la base de Gorgona en Colombia, a su vez resistida por comunidades afrodescendientes y movimientos sociales.

Esta militarización regional tiene como horizonte el control del eje del Pacífico sudamericano, vital para los flujos logísticos globales y particularmente para el corredor comercial interoceánico que busca conectar el Atlántico y el Pacífico a través de la Amazonía. Que el proyecto original de esta ruta haya tenido como epicentro el Ecuador —con una salida proyectada entre Manabí y Esmeraldas— no es menor: su desplazamiento a Perú y Brasil fue geopolíticamente inducido.

Frente a este panorama, el campo progresista ha mostrado límites estructurales. Si bien

varios gobiernos han logrado contener parcialmente la avanzada neoliberal en las década pasadas, en la mayoría de los casos no han logrado modificar las estructuras profundas de acumulación ni reducir la dependencia del capital transnacional. Se trata de una paradoja del progresismo: sus políticas de bienestar no se sostienen sobre una base de poder popular autónomo y organizado, sino sobre la temporalidad de los ciclos electorales. En ausencia de un tejido social robusto, los avances en materia de derechos son fácilmente desmontables cuando las derechas retornan al poder.

La actual "batalla cultural" emprendida por los sectores de extrema derecha tiene como objetivo precisamente deslegitimar toda forma de redistribución, justicia social y memoria histórica, reduciendo el debate público a una polarización artificial entre "progresismo fracasado" y "libertad de mercado". Esta narrativa no solo despolitiza la desigualdad, sino que legitima reformas antidemocráticas, regresivas y autoritarias.

En este contexto, la construcción de una agenda democrática y emancipatoria sigue siendo no solo posible, sino necesaria. Pero requiere un cambio cualitativo en la organización política de las fuerzas de izquierda: es urgente avanzar hacia una reconfiguración de los partidos y movimientos con proyecto histórico, capacidad territorial y vocación de poder.

La región necesita un nuevo ciclo de convergencia democrática de las izquierdas, basado no en una sumatoria electoral oportunista, sino en un horizonte estratégico compartido: soberanía, justicia social, defensa del territorio, integración regional y transición económica. Esto implica disputar el plano institucional, pero también reconstruir la movilización social como fuerza de presión y legitimidad política.

Frente al cerco imperial, la unidad no es solo una consigna: es una condición para la supervivencia regional como sujeto histórico. La autodeterminación de los pueblos no puede limitarse a gestos simbólicos ni a reformas parciales. Requiere de una arquitectura política capaz de sostener la soberanía en todos los frentes: económico, político, militar, cultural y ambiental.

La juventud como fuerza transformadora: tareas de la militancia comunista

"Nosotros no podemos incurrir en la ilusión o en el error, en ningún momento, de que el socialismo y el comunismo se pueden construir sin el Partido, sin el trabajo abnegado del Partido y de la Juventud. (...) La construcción del socialismo implica utilizar mecanismos, que se adaptan a un momento histórico, a una circunstancia histórica, a un período de tránsito; y nuestra doctrina, que es sin duda la más hermosa, la más revolucionaria, la más humana que ha existido jamás, se propone una sociedad comunista."

-Fidel Castro

Ecuador atraviesa una nueva fase de profundización del neoliberalismo, cuyos efectos materiales —precarización laboral, migración forzada, desmantelamiento del Estado social— se articulan con dispositivos de dominación más sutiles, pero igualmente peligrosos. La colonización algorítmica de las redes sociales, el avance de las economías criminales y la mercantilización total de la vida moldean la subjetividad juvenil desde la lógica del aislamiento, la competencia y el éxito individual.

Hoy, amplios sectores juveniles viven entre la frustración cotidiana y el aspiracionismo utópico que les ofrece el mercado: migrar, emprender, convertirse en influencer o "salir del barrio". La promesa de éxito personal despolitiza y fragmenta. Frente a este escenario, la militancia comunista —y en particular su juventud— tiene una tarea urgente: restituir la política como horizonte colectivo y la organización como única salida posible.

Esto requiere un esfuerzo claro por romper con la lógica neoliberal que ha convertido a la juventud en objeto de consumo y no en sujeto político social. No basta con resistir. Hay que disputar el sentido común, interrumpir la lógica de la resignación y construir referentes políticos juveniles anclados en las condiciones concretas del estudiantado, de los jóvenes trabajadores y de las juventudes populares.

Las Juventudes Comunistas no se construyen desde el discurso vacío ni desde la nostalgia de un pasado idealizado. Leemos en tiempo presente, comprendemos la realidad que nos habita y con ello se diseñan las estrategias que buscan politizar las vivencias cotidianas. No hay táctica eficaz sin diagnóstico concreto, y no hay construcción revolucionaria sin un programa que articule las demandas inmediatas con un horizonte de transformación profunda y por ello se cuenta con la guía estratégica del partido y su programa.

La juventud como estamento movilizador debe defender los derechos del pueblo en general y también trabajar por sus plataformas específicas, sobre todo, las relacionadas a la educación y por ello impulsamos una tercera reforma universitaria que democratice el acceso al conocimiento, que vincule a la universidad con los sectores populares y que la convierta en instrumento de emancipación y no de reproducción de privilegios. Junto a esto, urge construir espacios de organización política entre estudiantes secundarios, politizar la escuela y disputar la conciencia juvenil desde las primeras etapas de formación.

En los barrios, miles de jóvenes sobreviven entre la informalidad, el desempleo y la violencia estructural. La organización comunista debe irrumpir allí, no solo con consignas, sino con presencia, coherencia

y acompañamiento. Hay que politizar la precariedad, convertir el desencanto en fuerza colectiva y disputar también el territorio simbólico donde la juventud busca sentido.

Ser joven comunista hoy es entender que las luchas por derechos no pueden reducirse a esferas identitarias sin proyección estratégica. Debemos articular lo diverso en torno a la lucha de clases, sin perder la brújula ni el horizonte revolucionario. La derecha ha sido eficaz en segmentar las luchas y vaciarlas de contenido político. Nuestra tarea es recomponerlas con sentido transformador.

Las Juventudes Comunistas necesitan estructuras firmes, formación ideológica rigurosa, compromiso con la ética militante y capacidad para construir hegemonía. No basta con la indignación: hace falta organización, disciplina y una clara orientación de clase.

Hoy más que nunca, el trabajo político de las juventudes comunistas debe tener vocación de mayoría. Apostar a ser parte de una estrategia de poder popular y no quedarse en los márgenes de lo testimonial o meramente reivindicativo.

Ser joven comunista hoy es un compromiso con la historia y la humanidad. Es asumir que la transformación vendrá desde abajo y con los de abajo. Es organizarnos para que nunca más nos gobierne el miedo ni la indiferencia. Es dotar de sentido, identidad y futuro a una generación que clama por su Partido de clase, por su instrumento de lucha, por su vanguardia organizada.

© Mustafa Hassona/Anadolu via Getty Images

Palestina resiste:
internacionalismo frente al genocidio

La ofensiva militar lanzada por Israel sobre Gaza desde octubre de 2023 ha representado una nueva fase de exterminio contra el pueblo palestino. Con más de 37.000 muertos —en su mayoría mujeres y niños—, hospitales bombardeados, barrios reducidos a escombros y la población sometida al hambre y al cerco total, se trata sin lugar a dudas de un genocidio planificado y ejecutado con la complicidad internacional.

Desde una perspectiva marxista, la lucha del pueblo palestino no puede entenderse como un conflicto étnico o religioso, sino como una lucha de clases y de liberación nacional frente a un Estado colonial y sionista, al servicio del capital transnacional. La creación de Israel en 1948 no fue una reparación histórica, sino la instalación de un enclave imperial en Medio Oriente, patrocinado por las potencias occidentales para controlar el acceso a los recursos estratégicos y sofocar cualquier proyecto de autodeterminación árabe.

El sionismo, como ideología nacionalista burguesa, ha servido para justificar la ocupación, el apartheid y la limpieza étnica de Palestina.

Desde la Nakba en 1948 hasta la actualidad, el pueblo palestino ha resistido —por medios populares, políticos y armados— una estructura de opresión que combina militarismo, despojo y apartheid. Hoy, Gaza es el laboratorio de la impunidad imperial: un pueblo sitiado, desarmado y empobrecido, enfrentando el arsenal más sofisticado del mundo.

Israel no actúa solo, es el principal aliado de Estados Unidos en Medio Oriente, una pieza geoestratégica que actúa como "portaaviones terrestre" de la OTAN. Cada bomba lanzada sobre Gaza cuenta con financiamiento estadounidense, respaldo diplomático de la Casa Blanca y la cobertura mediática que presenta a los palestinos como terroristas. La Unión Europea y Naciones Unidas, por su parte, han mostrado un papel servil y decorativo, incapaces de frenar la masacre o hacer valer el derecho internacional.

En este contexto, la solidaridad internacionalista con Palestina es una tarea urgente y política. No se trata solo de una cuestión humanitaria, sino de una causa estratégica de los pueblos que luchan contra el imperialismo global. Por eso, la lucha antisionista es inseparable de la lucha antimperialista.

El compromiso concreto con Palestina implica: denunciar el relato sionista hegemónico; exigir el fin del financiamiento y apoyo militar a Israel; impulsar campañas de boicot, desinversión y sanciones (BDS); apoyar a las comunidades palestinas en la diáspora; y construir redes de solidaridad entre movimientos populares, obreros, feministas, estudiantiles y campesinos.

Asimismo, es vital distinguir antisionismo de antisemitismo: el rechazo al proyecto colonial israelí no es rechazo al pueblo judío. El sionismo no representa a toda la comunidad judía, sino a un régimen político al servicio del capital.

En cada bandera palestina alzada hay un grito que no se resigna: Palestina no está sola. La resistencia palestina es también la defensa de todos los pueblos que, como ella, se niegan a vivir arrodillados ante el imperio. Por eso, la solidaridad con Palestina es también la defensa del futuro de la humanidad.

¡DESDE EL RÍO HASTA EL MAR, PALESTINA VENCERÁ!

La Geopolítica en Medio Oriente:
Claves para entender el conflicto
Israel – EE.UU. contra Irán

Para comprender la actual tensión entre Israel, EE.UU. e Irán, es esencial observar la dimensión energética y estratégica del Medio Oriente. Basta señalar su contribución en la producción mundial de petróleo (33,5%) y gas natural (17.8%) . Recursos como el yacimiento Leviatán en el Mediterráneo oriental —con 22,9 billones de pies cúbicos de gas recuperable — han consolidado a Israel como exportador de gas. Parte de estas reservas se ubican frente a la Franja de Gaza.

A ello se suma el yacimiento de gas natural Gaza Marine (descubierto en 2.000), en aguas territoriales palestinas, "estimado en 30 000 millones de metros cúbicos y de un valor de varios miles de millones de dólares" ; mismo que inicialmente se pretendía explorar con apoyo ruso; lo que confirma la dimensión económica del genocidio perpetrado por Israel en Palestina y los intereses norteamericanos en la región. No en vano entonces, EE.UU mantiene alrededor de 27 bases militares en 12 países del Golfo, configurando una presencia

estratégica que le permite controlar los flujos energéticos.

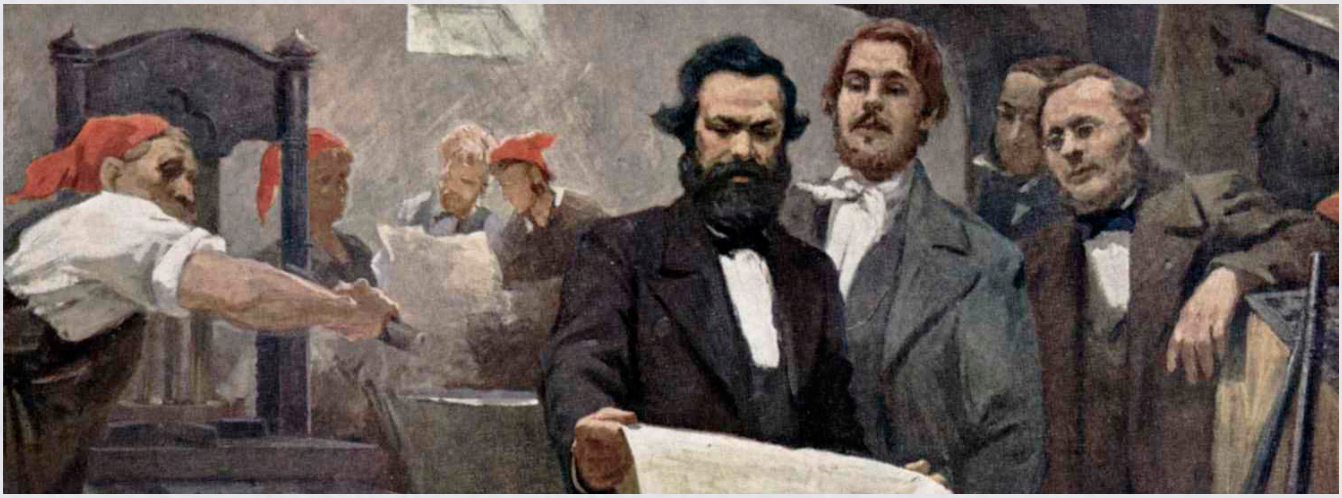
Por otro lado, Irán, aliado comercial de China y Rusia, opuesto a la política israelí, mantiene una posición geográfica estratégica: El Estrecho de Ormuz, ubicado entre las costas de Irán y Omán, es el punto neurálgico: por él transita el 20% del petróleo mundial. Su cierre tendría consecuencias económicas globales, y pondría en riesgo la seguridad energética. Particularmente en EE.UU, esto afectaría la provisión de cerca de 2 millones de barriles diarios.

Recordar que Irán posee una gran capacidad nuclear, aún luego del ataque de los EE.UU, el mismo Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), señaló que mantendría más de 400 kg de uranio enriquecido al 60%, país que hasta antes de los ataques de Israel y EE.UU, ha mantenido el acuerdo de participación en el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), garantizando que el organismo pueda realizar las inspecciones en el país frente al desarrollo nuclear, utilizado al momento de manera defensiva.

En este contexto, la alianza entre EE.UU e Israel, ha utilizado la muletilla de la guerra contra Hamas, para acabar con el pueblo palestino y perpetrar ataques contra Irán; ocultando su verdadero propósito: una guerra comercial en el cual Medio Oriente juega un papel estratégico en la posesión de recursos energéticos.

Esta estrategia ha incluido la agudización de las sanciones económicas a Irán y el apoyo militar directo a Israel: el Pentágono ha enviado más de 76.000 toneladas de armamento y tecnología, utilizado en el genocidio palestino, pero además en los ataques a científicos nucleares desde dentro de Irán, presumiblemente con apoyo del Mossad.

La llamada tregua es frágil, y las posibles consecuencias geopolíticas son amplias: un cierre de Ormuz afectaría la economía global; solo su anuncio (aunque no se concretó) provocó un alza de más del 7% en los precios del petróleo. Un avance nuclear iraní alteraría el equilibrio regional; y la expansión militar refuerza un conflicto donde los recursos energéticos son el botín principal. En el frente nuclear, Irán ha dejado de colaborar con el OIEA, lo que pone en riesgo la paz mundial. Solo una reconfiguración global que fortalezca la diplomacia multilateral y frene la clara violación a derechos humanos, así como sancione a quienes atentan contra la paz mundial, puede frenar una posible catástrofe de escala mundial; de manera paralela, pensar en procesos de transición energética, es un reto al que sin duda nos enfrentamos.



Biblioteca de análisis márxista:

Para profundiza el análisis de los contenidos de la presente edición te invitamos a leer:

Antonio Gramsci – "Cuadernos de la cárcel"

Clave para pensar hegemonía, bloque histórico, guerra de posiciones y la intelectualidad orgánica.

Lenin – "¿Qué hacer?"

Sobre la necesidad de una organización revolucionaria disciplinada y con proyecto político.

Samir Amin – "El capitalismo en la era de la globalización"

Ofrece herramientas para pensar la articulación centro-periferia y las resistencias.

Claudio Katz – "Bajo el imperio del capital.

Aporta una mirada actualizada del capitalismo global, neoliberalismo y las alternativas de izquierda.

Herbert Marcuse – "El hombre unidimensional"

Crítica del conformismo en las sociedades tecnológicas y del vaciamiento del pensamiento crítico.

Nancy Fraser – "Capitalismo: una conversación entre teoría crítica y feminismo"

Cruce entre marxismo, feminismo y crisis civilizatoria.

Frantz Fanon – "Los condenados de la tierra"

Un clásico del anticolonialismo radical con énfasis en la violencia como forma de emancipación.

Poesía revolucionaria:

Prohibido fijar carteles
Jorge Enrique Adoum

Despiertas casi cadáver cuando el reloj lo ordena,
el día no te espera, hay tanto capataz que mide
el milímetro del centavo que se atrasa por ti,
bebes el café que te quedó de ayer y sales
consuetudinario PROHIBIDO CURVA A LA IZQUIERDA
y casi PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED pisas el césped
porque ibas a caerte, luego avanzas, ciudadano
y durable, PROHIBIDO CRUZAR sin saber para qué lado
ir ni para qué PROHIBIDO ESTACIONARSE porque no puedes
parar la maquinaria infatigable con tu dedo

sólo porque te entró una astilla en el alma,
OBEDEZCA AL POLICÍA así es más fácil, saluda,
di que sí, que bueno, PROHIBIDO HABLAR CON EL CONDUCTOR
y quitándole dócilmente el sombrero estupefacto
PÓNGASE EN LA COLA anuncia tu hereje necesidad
de trabajar en lo que fuese, NO HAY VACANTES,
tal vez el año próximo por la tarde, pero no te dejan
dejar para mañana lo que puedes morir hoy
y aguantas y volverás cuando te llamen PROHIBIDO
USAR EL ASCENSOR PARA BAJAR Con tus piernas, para eso
las tiene gratis desde el último accidente,
NO SE ACEPTAN RECLAMOS, para que vayas de guerra
en guerra con tu himno nacional SONRÍA, tu banderita,
la patria a la que le debes tanto, como todos,
pero ten cuidado, imbécil: por ir pensando en tu metafísica
descosida ibas a entrar en el parque público
PROHIBIDA LA ENTRADA, zona estratégica, tú, negro,
humano, perro cívico, civil, SILENCIO, y tú sabes
que no debes PROHIBIDO PORTAR ARMAS, eso también
se sabe y tampoco los proyectos de amor, los aromas
futuros, no suena todavía la sirena de las seis,
PROHIBIDAS LAS HUELGAS que es cuando puedes pensar
LEA SELECCIONES TOME COCA-COLA PROHIBIDO ESCUPIR
hombre libre de este país libre del mundo libre,
y acatas las yuntas formidables de los diarios

y agradeces: otros piensan por ti y les cuesta
para que sigas libre, no te llames PROHIBIDO
USAR EL TELÉFONO sólo para tener quién pregunte
por ti PROHIBIDAS LAS VISITAS EN LAS HABITACIONES
vayan a creer que estás enfermo, PROHIBIDO FORMAR GRUPOS,
porque tú, individuo, aislado, alicaído, con el vientre
pegado al paladar que te sabe a medalla, eres inofensivo:
mejor apágate la luz, deja para algún días los rencores,
ponte en toque de queda, métete en ti, prolóngate
durmiendo para que vuelvas a amanecer, heroico
de puro testarudo, a leer las nuevas instrucciones
para hoy como un estado de sitio: prohibido tener
libros de Marx y otros libros, prohibido llevar los cabellos
como te dé la gana, prohibido ir a China, prohibido
besarse en los parques, prohibido tener fotografías
del Che, nombrar al Che, leer al Che y otros autores,
prohibidas las faldas cortas, las películas suecas,
las canciones de Bob Dylan, los dibujos de Siné,
prohibido hablar mal del gobierno, prohibida
la información sobre los grupos subversivos, prohibidas
todas las manifestaciones, queda prohibida la lucha
de clases ha dicho el Presidente, y sigues, aguantón
y cobarde, sólo porque el instinto, él también,
quién lo creyera, te colgó su letrero : SE PROHÍBE MORIR.